

**Chillón Lorenzo, José Manuel**, *El pensar y la distancia. Hacia una comprensión de la crítica como filosofía*, Sígueme, Salamanca, 2016. 208 pp., 14x21 cm.

Pensar críticamente es pensar desde la distancia, elemento necesario entre el hombre y el mundo, entre pensar y ser, entre certeza y verdad, entre decir y suceder. Hacer filosofía es tomar distancia de lo que acontece, pero no como actitud conformista o indiferente, sino como toma de conciencia del carácter inabarcable de lo real. La razón instrumental nos ha sumido en una cómoda ficción de aprehensión del ser, pervirtiendo la realidad y aniquilando las distancias necesarias. Ya no hace falta la filosofía, pues todo está pensado. Pero nos seguimos preguntando (asombrando) acerca de la realidad, de modo que se impone la necesidad de volver a pensar, volver a la actividad filosófica en cuanto actitud crítica. Esta es la propuesta del autor del libro que comentamos, José Manuel Chillón, profesor de Filosofía Contemporánea de la Universidad de Valladolid. Una propuesta bien organizada que discurre, a través de sus seis capítulos, por algunos de los pensadores que mejor han planteado esa actitud crítica, esa convicción de que no podemos aprehender el ser, que el proceso del conocimiento es imperfecto y que, desde la contingencia humana, asumimos la imposibilidad de hacernos con la verdad, pero aportando a cambio las expectativas de un futuro distinto, orientado a un mundo mejor.

El primer capítulo está dedicado a la fenomenología de la actitud crítica. Hay que despojarse de la certeza para deslegitimar todo proyecto acerca de la verdad. La actitud crítica, correlato del asombro, “brinda una experiencia retrospectiva del yo, a la vez que desegocéntrica” (p.29), nos dice el autor. A partir de aquí, no quedan opciones a quien pretende relacionarse con lo otro: debe mantener una distancia. Esta es condición de posibilidad de la alteridad y patrimonio de la actitud crítica del filósofo en términos de transcendencia. De ahí que aceptar la distancia sea un acto metafísico (p.33). El segundo capítulo inicia el recorrido por los filósofos críticos. Aristóteles inaugura la actitud crítica de la razón a partir del problema de adecuar el lenguaje a la realidad. El espacio entre palabras y cosas, la distancia que las separa, es condición de posibilidad para la convención semántica que nos permite conocer lo real y la convivencia política. El análisis del lenguaje del Estagirita expresa la necesidad

de trascender lo dado, ya que decir es interpretar y, por tanto, la atribución de sentido a las cosas es siempre crítica. La racionalidad crítica que introduce Aristóteles explica, pues, tanto la capacidad de nombrar las cosas y etiquetarlas como la praxis ética y política.

Llegamos al capítulo tres, dedicado al racionalismo y al empirismo. La modernidad y la Ilustración son puntales de la actitud crítica. A partir del método, el sujeto es quien crea el conocimiento y llega, tras despertar del sueño metafísico, a la conclusión de que la aproximación a lo real es sólo subjetiva. Racionalismo y empirismo se configuran como dos posiciones que tratan de salvar a la filosofía del colapso del escepticismo. El racionalismo de Descartes aborda la tensión sujeto-objeto desde la duda metódica, explorando “el camino de la certeza como la gran estrategia de acceso a la verdad de la realidad” (p.89). Sorteando el escepticismo e instaura la actitud crítica moderna en donde se puede confiar en la razón desconfiando de los prejuicios de antaño. El empirismo, sin embargo, apuesta por la experiencia como garantía de contacto entre lo subjetivo y lo objetivo. Pretende conocer lo real y aplica el método inductivo, pero nada es seguro, la razón también falla, el contraejemplo sobreviene y dinamita el conocimiento hasta ahora firme. La filosofía empirista, con Hume a la cabeza, se constituye así como una suerte de escepticismo que, lejos de llegar al paroxismo, invita a domeñar lo real aunque pueda ser de otra manera, afin al proyecto ilustrado de liberación de lo dogmático. El proyecto humanista de la Ilustración lo completa Kant, quien traza los límites del conocimiento y vincula la doble racionalidad, teórica y práctica, al proyecto emancipador y crítico. El criticismo kantiano reside en la propuesta de aunar la idea de progreso de conocimiento (razón pura) con la posibilidad de libertad (razón práctica). Husserl y su “actitud fenomenológica” en cuanto crítica protagonizan el cuarto capítulo. Husserl reclama recuperar la racionalidad disuelta en el éxito estéril de las ciencias contemporáneas que creen certificar la muerte de la filosofía. El descentramiento del mundo exige una ética que sólo es posible a partir de la comprensión de la filosofía como fenomenología. Esta se pretende ciencia, es de hecho filosofía primera, un movimiento histórico de revelación de la razón universal, connatural, innata a la humanidad, como dice el propio fundador de la fenomenología trascendental. Hay que abandonar el positivismo y reconducir el pensamiento crítico en sentido teleológico. Se trata de dotar de sentido pleno a la humanidad. La “epojé” (suspensión) funciona como reducción trascendental, presentando al mundo como correlato de la subjetividad de la que depende el sentido del mundo. La fenomenología se torna ciencia de la esencia de la conciencia, esto es, disciplina que es capaz de hacer significativa la realidad para el hombre. La actitud fenomenológica es una actitud crítica porque descubre horizontes insospechados de lo real. La fenomenología, nos dice el autor, “nos libra de la fetichización de los hechos” (p.135).

Llegamos al capítulo cinco para adentrarnos en Heidegger, el filósofo que más explicita la tarea del pensar como actitud crítica. Heidegger funda esta actitud en la finitud y existencia del ser humano, siempre abierto y proyectivo. El pensar auténtico revela la necesidad de pensar lo no pensado teniendo en cuenta que lo no pensado en el pensamiento ha sido la forma de presentarse el ser. El ser es presencia y también ocultamiento, se da y se retira, es claro y oscuro. Pensar en Heidegger es preguntarse y la pregunta es posicionarse ante el ser y admitir distancia. Es el tiempo del pensar pensante, de tomar distancia para no quedar atrapado por la metafísica, por la potencia dominadora del presente. Pensar en la distancia es conocer la diferencia necesaria entre el ente y el “Dasein” (estar en y ahí), es capacidad crítica que posibilita el pensar guiado por el ser (p.161). El recorrido con mirada fenomenológica del pensamiento occidental termina con un último capítulo dedicado a Horkheimer y Popper, dos actitudes críticas antitéticas. De un lado, Horkheimer y su rechazo de lo dado como incontestable, el

desprecio de esa neutralidad ante el sufrimiento de los inocentes. Reclama el filósofo de la Escuela de Francfort la necesidad de cambiar y transformar lo que la propia razón ha pervertido. La teoría crítica percibe la irracionalidad de la racionalidad establecida. La filosofía crítica actúa como compromiso axiológico, como búsqueda de la verdad en la praxis. La crítica dialéctica asume el conflicto, entiende la tensión entre el es y el debe. La historia de la humanidad ha sido una historia de sumisión de la razón a los hechos, una capitulación de la razón ante la injusticia, una victoria absoluta de la lógica de dominio. Así las cosas, la tarea filosófica consiste en “poner razón en la historia, denunciar la irracionalidad del aparente progreso ilustrado” (p.182). De otro lado, la actitud crítica de Popper, quien acoge al error como compañero inseparable en la aventura del conocimiento y de la convivencia. Constatar el error, hacer falsable una teoría, es prueba y fundamento del aprecio por la verdad. La actitud fablista es una actitud crítica, desbanca la seguridad particular, los presupuestos dogmáticos del positivismo, el extremismo historicista y el totalitarismo político. Tanto en Popper como en Horkheimer, sólo queda la fe en la razón en cuanto búsqueda sin término. Un epílogo cierra la obra con la advertencia de que, tras el periplo crítico recorrido, seguimos siendo aprendices del filosofar. Eso sí, hemos aprendido que la distancia es la condición que posibilita que la cosa pueda ser puesta a disposición del pensamiento.

Decía Einstein que todo debe simplificarse lo máximo posible, pero no más. Este es uno de los grandes aciertos de esta obra, ofrecer al lector una lectura comprensible de los problemas en torno al ser de la mano de los más grandes pensadores metafísicos sin incurrir en la banalización. El autor nos hace sentir como pastores del ser y nos hace partícipes de la tensión necesaria que mantiene con cada filósofo. Una tensión, por cierto, de corte escatológico paulino, en donde la verdad del ser está presente, se muestra, pero todavía no.